

Visto para sentencia

La Vanguardia, editorial, 3.07.07

CON los preceptivos turnos de última palabra, en la que los 28 procesados podían dirigirse por última vez al tribunal y, en su caso, defender su inocencia, ayer quedó visto para sentencia el macrojuicio del 11-M, el proceso que ha juzgado el mayor atentado terrorista de la historia de España. Lo primero que hay que resaltar es la relativa celeridad con que se ha desarrollado el procedimiento, tanto en su fase de instrucción como en la vista oral, no en vano estamos ante un complejísimo sumario, de más de 100.000 folios de extensión. En efecto, entre los atentados y la sentencia no es previsible que transcurran ni cuatro años.

En segundo lugar, hay que alabar sin rodeos la enérgica actitud del presidente del tribunal, Javier Gómez Bermúdez, que mostró desde el primer momento que no estaba dispuesto a dejar que el juicio se le fuera de las manos o pudiera degenerar en una farsa. Tampoco conviene menospreciar la ingente labor efectuada por el juez instructor, Juan del Olmo, obligado a hilar muy fino ante una auténtica catarata de investigaciones, declaraciones de confidentes, pruebas periciales y un sinfín de testimonios de todo signo y contenido.

Obviamente, habrá que esperar a la sentencia para efectuar la definitiva asignación de responsabilidades, pero, a medida que iba avanzado el juicio oral, las teorías de la conspiración se han ido disolviendo cual el proverbial azucarillo en un vaso de agua. Desde luego, no por falta de entusiasmo de sus proponentes. Cualquier laguna en el sumario, cualquier aparente contradicción en los testigos, cualquier prueba no del todo concluyente sobre el explosivo utilizado, han sido razones suficientes para especular con una improbable conexión etarra o de servicios secretos nacionales o extranjeros.

Afortunadamente, en los últimos tiempos se ha observado una clara tendencia por parte de destacados dirigentes del PP - empezando por su presidente,

Mariano Rajoy- a poner distancia respecto a los exégetas de la confusión y de la manipulación interesada.

Todo apunta a que un núcleo de islamistas fanáticos, que contaron con cómplices españoles para aprovisionarse de dinamita, planificaron y ejecutaron los atentados del 11-M con muy pocos medios materiales y un espantoso desprecio por los casi dos centenares de vidas que segaron, viéndose ayudados por una desgraciada concatenación de errores y negligencias en el frente de la seguridad. La gran lección es la imperiosa necesidad de no bajar nunca más la guardia.